

INTELECTUALES VASCOS EN ATAUN

(De "Homenaje a D. José Miguel de Barandiarán".
San Sebastián, *Editorial Auñamendi*, 1963).

LA ACADEMIA ERRANTE, formada por un grupo de destacados hombres de ciencias, de letras y de artes de nuestro país, funcionó entre los años 1956 y 1963, celebrando en diversos pueblos reuniones periódicas en las que trataban de sus estudios y cultivaban sus relaciones de fraternal colaboración.

En tales reuniones varios de los miembros de la academia disertaban acerca de problemas que les planteaban los estudios de su especialidad y competencia o acerca de investigaciones relacionadas con un tema previamente señalado. A esto seguían las preguntas de los concurrentes, las discusiones y la exposición de planes para ulteriores investigaciones.

El 25 de febrero de 1962 le hicieron venir a Ataun, su pueblo natal y el de su residencia habitual, a José Miguel de Barandiarán que a la sazón se hallaba en Bilbao estudiando el material de sus antiguas exploraciones en Vizcaya, y en su compañía y en su honor celebraron una reunión en la sala parroquial de San Gregorio.

Fueron treinta y seis los reunidos en aquella ocasión. La asamblea duró todo el día con once conferencias, interrumpidas tan sólo durante la comida que fue servida en el mismo local.

Aquellas conferencias fueron más tarde publicadas por la *Editorial Auñamendi* en un libro intitulado "Homenaje a D. José Miguel de Barandiarán. Una jornada cultural en compañía del maestro". De aquel libro extractamos el siguiente trabajo.

HABLA DON JOSE MIGUEL DE BARANDIARAN

Queridos amigos:

Como podéis suponerlo, esta reunión, cuyo signo me era desconocido, me tiene profundamente emocionado. Además, agradablemente impresionado, dado el nivel en que habéis situado y desarrollado vuestros temas.

Debo apresurarme, desde luego, a daros las gracias por el esfuerzo de unos y por el aprecio que todos habéis hecho de mis trabajos de varios lustros.

He oído aquí muchos elogios a mi labor. Pero hay que rebajarlos en varios grados para que lleguen al nivel de la realidad; hay que abemolar considerablemente su tono. Pero está bien manifiesta la buena voluntad, y os la agradezco.

Algunos de vosotros han aludido a mis amigos compañeros de equipo: los doctores Aranzadi y Eguren.

Yo era muy joven cuando empecé a trabajar con ellos, allá por los años de 1916 y 1917. Ellos fueron principalmente quienes me entrenaron en la investigación, conforme a normas del buen método.

Pocos años antes había iniciado mis estudios de Etnología: una suerte de crisis espiritual me puso ante ciertos problemas de etnología religiosa. Luego me extendí a la etnología general. Queriendo ponerme en contacto más directo con la materia de mi estudio, empecé a investigar el grupo humano que estaba a mi alcance —el pueblo vasco—, en el que yo vivía como inmerso. Esta elección, que a cualquiera le parecería natural, me acarreó algunos sinsabores, que no me causara el estudio de los bantús de Africa; pero también fue ella la que me llevó más tarde a la formación del Laboratorio de Etnología y de Eusko-Folklore.

Desde un principio comprendí que muchos hechos de nuestra etnografía tienen un entronque arqueológico y que el aparato heurístico a ellos aplicado, a pocas vueltas de manivela, nos sitúa en la prehistoria.

Oyendo un día a mi amigo Manuel de Lecuona relatar los detalles de una excursión que él hiciera por los montes de Oyarzun acompañando a don Telesforo de Aranzadi y a don Pedro Manuel de Soraluze, que examinaban los cromlechs de aquella región, pensé que sería posible hallar monumentos antiguos en nuestro país e hice el propósito de acometer la investigación de nuestra prehistoria.

Realicé en *Jentilbaratza* mis primeras excavaciones, las cuales me hicieron comprender que allí estuvo el castillo medieval de Ataun, y en Aralar mis primeras prospecciones en materia prehistórica. Descubrí numerosos dólmenes en esta gran sierra y publiqué su noticia en la revista *Euskalerriar-en alde*.

Esto movió al ya citado don Pedro Manuel de Soraluze, conservador del Museo Etnográfico de San Sebastián, a ponerme en contacto con Aranzadi, y el año siguiente —1917— empezamos a trabajar juntos en equipo que duró veinte años.

Fue decisivo para mí aquel contacto con Aranzadi, quien me puso en relación con especialistas en estas materias e hizo que ampliara mis estudios en aquellas instituciones y museos donde él, años atrás, había completado su formación y desarrollado sus planes.

La guerra civil de España nos lanzó en diversas direcciones y no volvimos a vernos más. Ellos murieron: Eguren, primero; Aranzadi, después. Yo proseguí y aún prosigo mis trabajos de investigación en Francia desde el año 1936 y ahora, de nuevo, desde el año 1953, en el campo de nuestras actividades de la primera época, procurando desarrollar el programa que antaño trazáramos los tres del equipo.

Creo que es el señor Busca Isusi quien ha dicho que a nosotros nos llamaban "los tres mosqueteros". Yo no conocía esto. Sabía, sí, que nos llamaban "los tres tristes trogloditas", lo que le hacía mucha gracia a Aranzadi, que era jovial —el más jovial de los tres—.

Y ahora, señores, el último superviviente de aquel equipo se complace en agradecer a todos la consideración y simpatía con que mirais nuestra labor de tantos años.